

## Monseñor Félix Henao Botero

Por el Excmo. Señor Guillermo Escobar Vélez

Es de humana usanza hacer pausa en la jornada de la vida cuando se cumplen lustros o decenios; y se recuentan los días con lo que trajeron de feliz o aciago, se remozan los recuerdos y hasta los que estaban más soterrados resucitan; parece que regresaran los seres queridos que se fueron; y con los que la sincera amistad obliga a estar presentes, con sólo decir un nombre, con sólo mirar un retrato y guardar un silencio, se revive el febril entusiasmo de lo que fue un ideal, los sacrificios para alcanzarlo, las venturosas victorias; y la pausa en el correr de tantos días, cómo rectifica juicios, explica actuaciones, desarma prevenciones, administra justicia, gózase en la verdad y hace buscar a Dios más espontáneamente que suben las brumas del valle umbroso cuando lo calienta el sol.

Esa usanza nos congregó hoy aquí. Cinco lustros de Rectorado de la Universidad Bolivariana tiene ya cumplidos quien preside ahora el acto más solemne que el hombre puede obrar sobre la tierra.

La Víctima que aquí se inmolará adorará debidamente al Padre, propiciará con clamor más elocuente que la vertida sangre del inocente Abel, impetrará dones suficientes para toda petición y dará gracias tan infinitamente valiosas que Dios Bienhechor quedará justamente complacido.

Cuál fin sacrificial será hoy para nosotros más simpático? A cuál nos uniremos con mayor entusiasmo para ser más nobles y más sinceros en la amistad con quien preside la sacrosanta Acción litúrgica?

Indudablemente que es unánime el sentir. Nos queremos unir a la acción de gracias. "Dad continuamente a Dios Padre gracias por todos sus beneficios en nombre de Jesucristo Nuestro Señor" (Efes. 5, 20). "En verdad es digno y justo, equitativo y saludable darte gracias en todo tiempo y lugar, Señor, Santo Padre, omnipotente y eterno Dios" (Prefacio).

"Antes de la muerte no alabes a nadie" enseñó el Eclesiástico (11, 30). Seguiré este consejo para no ser instrumento de tentacioncilla en momento tan santo, para respetar el oficio que ahora desempeño y hasta para volver a darme la satisfacción de no adular.

Demos gracias. Sí, démoslas piadosamente unidos al Señor que nos quiere santificar en la verdad.

Qué bueno fuiste, Señor, cuando al fundarse la Universidad Bolivariana, segregaste para la empresa a hombres prudentes que cavaron los fundamentos hasta hallar la roca viva, y a espíritus titanes que por el heroico denuedo acabaron muy pronto con la vida y se fueron al cielo a hacer más desde allá de lo que se hace aquí, aunque a veces el hombre no lo entienda; y qué bueno fuiste, Señor, porque hiciste testigo consciente de esa génesis a quien debía, después, levantar alta cúspide exigida por el hondo fundamento y batallar sin tregua para tutelar la ardiente adolescencia y dar seso y tino a la prematura adultez de la obra engendrada por privilegiadas fuerzas vitales.

Te damos gracias, Señor, porque has dado suficiente capacidad de adaptación humana a quien has escogido para sostén de esta obra: saber dialogar con los pequeños y hacerles amar la verdad, la justicia, la pureza, la caridad, casi como aman sus juegos; y la Universidad del Papa, casi como aman la casa de sus padres; saber hacerse buen hermano mayor para los adolescentes combatidos, vencedores, caídos, idealistas y hasta soñadores, altaneros, entristecidos profundamente por inconfesables problemas de hogar, puros, apostólicos e íntegros como nadie los juzgara; saber hablar muy más en serio con quienes en las Facultades ya sí entienden mejor que la ciencia es ilímite, que la vida es bien corta para conocer cuanto Dios ha hecho, que muy pocos son los hombres sabios y hacerles entender que la ciencia sin virtud es perla en muladar y que si el hombre no ama a Dios y al prójimo le está faltando el fundamento para toda dignidad; convivir con los que distinguen la investidura del saber dando a cada señor su honor y destellando siempre como manantial de luz las perennes enseñanzas de la verdad revelada y del infalible Magisterio de la Iglesia; saber influir en el alma de la doncella para que estudie más y sea más como la Virgen; saber influir en la voluntad del obrero para que sea más tenaz en el trabajo rudo y aprenda más para que valga más; saber decir a porteros y conductores, a mensajeros, a empleadas y empleados cómo santifica todo trabajo, y hacerles sentir el especial cariño que guarda el corazón sacerdotal para los pobres y los humildes; procurar hacerse todo para todos para ganarlos a todos para Cristo: qué beneficio de sacrificada adaptación tan para agradecer al Dios munífico!

Demos gracias al Señor por los triunfos de los veinticinco años que festejamos.

La corta familia bolivariana de no hace muchos años se multiplicó por centenares y millares; la incómoda casa de un sector desahogado en que nació, se cambió en modernos edificios llenos de luz y gracia y ennoblecidos por bibliotecas deleitosas y modernos gabinetes y laboratorios; los que antes apenas estudiaban y eran educados, hoy enseñan y dirigen; la obra que inicialmente benefició a Antioquia contribuye hoy al engrandecimiento espiritual de toda la patria; el título universitario de bolivariano, con las excepciones que impone siempre la flaqueza humana, es presea de honor y lo anhelan los hijos de los bolivarianos como común denominador de una estirpe hidalga; un

tesoro de tesis laureadas hace más ricos sus archivos que las cavas de un banco; las publicaciones bolivarianas pregonan la nobleza de las matrices del pensamiento; los jóvenes que anhelan medrar y tener autoridad en el saber, buscan sus aulas; los trofeos de muchos torneos dicen que el bolivariano en contienda o triunfa o deja persuadido al contendor de que el amor a sus colores no lo deja sosegado en la derrota; las universidades del país y las del extranjero han sentido respeto por la Bolivariana cuando en los Congresos han conocido su pujanza; los hombres de ciencia que la han visitado han dado testimonio de acatamiento a sus cátedras; su bandera vive enhiesta en muchos corazones; más de un llanto de alegría y reconocimiento le han brindado las madres al cosechar los laureles de sus hijos bolivarianos, y la santidad del inmortal Pío XII la prohibió dándole el título de Pontificia. Gracias por todo, Señor, Dios de las larguezas!

El dolor es redentor. "Sine sanguinis effusione non fit remissio" (Hebr. 9, 22). Por eso también debemos dar gracias por los dolores que han hecho fecundo el Rectorado que festejamos. Quién no sabe que duele en el alma no lograr la corrección de quien se ama, ver cómo pierde tiempo el pobre, saber que se pervierte el recién llegado a la ciudad, conocer la indolencia del muchacho que piensa que el capital de su padre será pasaporte de dicha para toda la vida, no poder negar que éste, antes tan bueno, enturbia sus costumbres, decae en todo y se muere en su alma; que ése es fraudulento y más que disipado; que aquél porque supo más cree menos y está tan desvirtuado que piensa que dudar de lo sobrenatural es de intelectuales; quién no sabe que duele en el alma saber que llaman timidez y compromiso a la prudencia, tacañería a la solicitud, tosca aspereza a la resolución que quiere formar hombres, prevención a la inflexibilidad en la determinación justa, debilidad a la compasión cristiana con la flaqueza humana; quién niega que esto duele en el alma? Y estos tan frecuentes pesares del alma del educador, no son los más profundos. Los más hondos, los más torturantes, son los más desconocidos, por lo inimaginables, y, por lo mismo, siempre sin lenitivo: esos sí que son los dolores del alma. El golpe de un azote, la punzada de una espina los aprecia cualquiera, pero qué pocos saben paladear la amargura de Getsemaní. Quienes hemos trabajado en los labrantíos de la Bolivariana sabemos que cerca a los verdes prados crecieron espinos y yerbas amargas. Gracias, Señor, por todos los dolores de estos años, segura garantía de tu presencia en las obras humanas.

Hay una última razón para la nobleza y eficacia del Rectorado que festejamos: el carácter sacerdotal que ennoblece al festejado, y ahí está el motivo más determinante para una rendida acción de gracias. Es la gracia sacerdotal la explicación adecuada de la constancia sin desmayos; del interés creciente sin que la obtención del ideal inmediato aquiete la voluntad para anhelar más; de la ecuanimidad en la prueba, aunque parezca injusta; del amor generoso por todos, aunque de los diez agraciados sólo uno dé gracias; del trabajo sin tregua, sin esperanza de recompensa temporal; de la ciega confianza en la fuerza de la oración, del filial abandono en las manos de Dios que cumplirá su obra a pesar de la imperfección del instrumento y de un no sé qué que tie-

nen que reconocer todos cuando se es de veras ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios, luz del mundo y sal de la tierra.

Aquí sí, permítame Dios, que me dirija a vos, Ilustrísimo Señor, para venerar vuestro sacerdocio y reconoceros alter Christus, terrenus deus, homo Dei, pro Christo legatione fungens; invite a dar gracias porque hace veinticinco años, hace más años, que día tras día, habéis celebrado esta tremenda Acción eucarística que asombra al cielo, complace infinitamente a Dios y en cuya comparación son mínimas las obras de que el hombre alardea. Vos no conocéis, vosotros no sospecháis, yo no barrunto las gracias, las bendiciones, los favores que la Bolivariana y su Rector Magnífico han recibido por lo que vuestra voz, vuestras manos, vuestro sacerdocio hacen diariamente en el altar. Aquí, en el altar, en la adorable Víctima que en él se inmola, se halla el por qué de lo humanamente inexplicable; de aquí manan la luz, el calor y la vida; aquí se aprende a ofrendarlo todo en feliz trueque de deificación; aquí se aprende que el verdadero amor se comprueba con el holocausto; aquí el hombre que dice al pan, este es mi cuerpo, y al vino, esta es mi sangre, quiere ser como Jesús y pasar por el mundo haciendo el bien.

Inmolad, Ilustrísimo Señor, la adorable Víctima para dar gracias infinitas porque la inmoláis todos los días, y que Ella os santifique más y más en la verdad, os mantenga tan cosido a la cruz como Jesús a la suya, colme de méritos vuestra vida, y, en la generación bolivariana, haga venerable e inmortal vuestra memoria.